



Ganadores

Concurso “Había una vez un libro...”

Biblioteca Mineduc - CPEIP

2020



1° Lugar: Arturo Patricio Flores Gómez.

Unidad de Supervisión DEPROV Copiapó-Chañaral.

EL LIBRO.

Había una vez un libro que debía leerse siempre en Primavera, cuando todo renace...y esta primavera de 1997 no era la excepción....

Un ligero y molesto olor a polvo recorría la ciudad...a lo lejos se podía ver como el calor hacía sufrir a la escasa vegetación y ráfagas de aire caliente cabalgaban en el viento... Ese día era como todos, pero como ninguno. En la oficina las cosas comenzaban a moverse lentamente.

No había prisa. El olor del café que podía sentir desde su asiento, le hizo recordar que ese día debía hacer cosas importantes. Afuera la ciudad despertaba, incluso el sol había salido más fuerte que de costumbre, cosa rara para la ciudad, acostumbrada a tener días nublados y fríos en toda época del año.

Se acomodó en su asiento y cruzó las piernas. Piernas delicadas y elegantes. Notó la mirada de los que trabajaban a su lado...la incomodidad de ser observada de esa forma le hacía ruborizarse... trató de volverse hacia adentro, hacia sí misma, cosa que hacía muy bien... en eso estaba, cuando dejó salir un pensamiento desbocado, como un deseo profundamente buscado, pero sólo un pensamiento al fin: *...quizás deje de ser soltera esta noche...*

Ya no recibiría las continuas invitaciones de sus compañeros de trabajo que sólo lograban incomodarla cuando debía decirles que no podía aceptar, que ya tenía compromisos serios, que...en fin, sólo excusas que no la hacían sentir bien...

Cogió el teléfono...debía ser la sexta ¿o décima vez?, que llamaba en el mes, sin obtener respuesta de la agencia.

El sonar del teléfono y los espacios en silencio entre tono y tono le daban la pausa necesaria para pensar en colgar... ¿para qué insistir tan pronto?

Iba a colgar cuando la voz con gran acento profesional le dijo:

-Buenos días...Agencia Heart...citas, encuentros, amor en línea... ¿Qué podemos hacer por usted?...

Silencio...

Le parecía tan familiar la voz que se sonrojó pensando en la posibilidad que la reconociera...más... ¿Cómo sería eso posible si ella llamaba y nadie jamás la había visto?

-Soy la señorita R.S.V. O...número de solicitud 9/087/917... ¿Tiene algo para mí hoy?

Pausa...



...escucha el teclear en el computador...un sonido como un beeper...y nuevamente la voz, como si esto fuera parte de una bien aprendida rutina diaria.

¿Aló? ... Sí...tenemos algo para usted...

Hoy 19:30. Lugar de encuentro: Restaurant el Faro...Terno Gris...ni alto ni bajo...Tímido...

No quiso seguir escuchando...el corazón amenazaba con salirse de su jaula y sintió cómo una marea de sangre se agolpaba en sus mejillas...todo su cuerpo superaba biológicamente la racionalidad...

¿Me estarán viendo mis compañeros? -pensó...pero nada...todo en la oficina era como siempre...lento...sin ruidos estridentes...monótono...

La tarde parecía cabalgar lentamente...en olas pequeñas...como las de una playa sin viento...el sol continuaba arrancando alaridos a la acera y uno que otro respiro lo daba un viento inesperado que se alojaba- de vez en cuando- en su pelo...

No sabía las veces que miró el reloj de pared y el de su muñeca...no sabía las veces que había pintado sus labios...ya no sabía nada...

Esta cita, elegida por computador, no podía ser como las otras...esta sí resultaría...y era eso lo que más la intranquilizaba...

6:18 de la tarde...

La ducha le había quitado un poco de la tensión y ahora, más relajada, podía pensar más claramente en qué vestimenta usar...

Recordó cómo lo reconocería en el restaurant y la tranquilizó el comentario de "Tímido" ...

La voz del taxista la sacó de quién sabe qué pensamiento.

-Este es el restaurante Señorita- ... le dijo con una calma que no podía disimular cierta prisa por acabar la carrera...

El Mozo, un hombre joven, que no parecía un mozo cualquiera corrió – ¿o se deslizó en el aire? - para abrirle la puerta...

Una suave música, que creyó reconocer, fue lo primero que la recibió.

Recorrió con la mirada todas las mesas y se detuvo un instante en un hombre que se llevaba un cigarrillo a la boca...terno azul...No, no era...

De pronto como si una luz le indicara el camino, le vio.

Sentado con aire seguro, como si sus años fueran de real experiencia y no sólo años vividos unos tras otros sin haber aprendido mucho...le pareció agradable.

El mozo la trajo de nuevo a la realidad, le sonreía a su lado...la reconocía...otras citas los habían puesto en la misma situación.

Ella devolvió la sonrisa y caminó escoltada por él hacia la mesa...



El hombre del terno gris al verla pareció sorprendido... no podía ser de otra forma... era bella... quizás demasiado bella como para no estar casada o comprometida al menos... pensó para sí.

La cena transcurrió en un interrogatorio de ambas partes, interrumpido por risas y gestos de aprobación. A lo lejos, el mozo, en cada instante libre, les dejaba caer una mirada, como para tratar de ver como marchaba todo, si necesitaban algo...si algo prosperaba.

Ella bebió un sorbo del exquisito vino...lo que venía a continuación era vital...y decidió hacerlo...

- *¿Qué libro has leído ahora último?* -

Silencio...

El hombre un poco incómodo, pero con cierta cancha, trató de improvisar...

-*Unos cuantos-*

-*Sí...pero ¿cuál?* -

-*Bueno en realidad no recuerdo ninguno ahora...pero sí recuerdo algunos programas de televisión que me gustaría...*

Ella ya no le escuchaba, parecía como si le habían borrado el alma, parecía como si el hombre a su lado no era más que otro desconocido...

Ahora le reconocía... como a todos....

-*Debo ir empolvarme la nariz le dijo,* recordando esa expresión tan salvadora para las mujeres...

El Mozo se acercó a la mesa y dirigiéndose - amablemente -le preguntó cómo había estado el servicio...

El hombre- un poco confundido- respondió con algunos monosílabos...

- *¿Le preguntó qué libro había leído?* – acotó el Mozo, sin mirarle-

-*Sí...y ¡maldición no recordé ni uno!*

-Ella siempre viene aquí...y todas las veces hace la pregunta del libro... hermosa mujer ¿cierto?

-*Demasiado- Responde el hombre.*

-Yo, por si acaso estoy leyendo uno- ... y es muy interesante... ¿Cómo sabe si algún día ella ...?

Debió callar. La mujer se acercaba a la mesa. Ella tomó su hermoso abrigo de piel y sin decir nada, se encaminó a la puerta...

El mozo ya estaba allí y aprovechando, le dice en voz baja:

-*Estoy leyendo a Cortázar y es bastante bueno...-*



Ella sin contestar, llama y abre la puerta del taxi, sube...pero no sin antes dirigirle una mirada, que el mozo y quien pasara por allí, pensaría que fue de esperanza...

2° Lugar: **Rodrigo Muñoz Rojas.**

Unidad de Infraestructura, Depto. de Planificación, Región de Coquimbo.

C Í R C U L O

Había una vez un libro en el que las personas hurgueteaban como ratoncillos buscando queso, había logrado instalarse en la mayoría de los países del planeta, en casi todos los idiomas, se presentaba de distintas formas y medidas. Este lugar con variadas densidades, se fue transformando en un universo sin límites, al galope del crecimiento de la sociedad; quería competir con alguien, no lo sabíamos... ¿con quién, por qué?

Los lectores hacían su vida ahí, despertaban pensando en la lectura, almorzaban y leían, cenaban sin parar de leer, hasta dormían con él a su lado, se les llamaba los “encadenados del siglo XX”, ellos buscaban sus enseñanzas propias y creían que allí se desempolvaba la vida.

Sumergidos en esa lectura dejaban de ser parte de la sociedad como se concebía en épocas anteriores, lo que no sabían era que lo que se desempolvaba era el pasado de cada uno, su vivencia encontrada en otro, se reencontraban con su historia, se buscaban a sí mismos, pero ¿por qué?... era la pregunta, ¿se sentían perdidos?, o algo real y cotidiano ya no tenía sentido.

Había una obsesión con ese libro, que aparecía y desaparecía rápidamente, que era fugaz, y se presentaba en todos los espacios imaginables. Era uno y mil libros a la vez, era una nueva experiencia.

También tenía un lado cruel y concreto, los estudios se escondían, muchos sabíamos a través de investigaciones, que afectaba la vista, que cansaba, que estresaba y que llevaba a cometer suicidios incluso, nadie se esperó que provocara tanta desazón. Algunos, hasta dejaron de hablar, perdieron la capacidad de dialogar; la elocuencia desapareció y la introversión se transformó en lo cotidiano. No era extraño encontrar personas que no levantaban la vista, que sus cuerpos incluso se curvaron como viejos, su caminar cambió y el exterior les parecía ajeno.

En este espacio tan particular y acelerado me vi inmiscuido, traté de todas las formas posibles de arrancar, encontrándome en cada lugar con conversaciones similares, buscadas del libro mencionado. No había novedad en los discursos, y parecía todo nuevo en el ambiente. La gente estaba hipnotizada y ya no controlaban sus impulsos, eran unos entes que transitaban en una vida circular, yo no podía entenderlo, pero cuestionaba esa normalidad.

Acostumbraba a recorrer la ciudad pequeña en la que vivía, a mirar como las personas sencillas ya no se detenían a observar, el recorrer una cuadra se transformaba en recorrer otro país, otro continente en un segundo, la cuadra desaparecía con la intervención popular del libro...

...el pasar se transformó en lo cotidiano...

...las personas solían hacer guiños a todo, pero en realidad no había detención, desapareció la conversación, todos buscaban el momento de leer ese libro. El silencio fue parte de la ciudad y la palabra soledad se apropió de la convivencia, la población adquirió un color grisáceo.

Había una búsqueda frenética, casi incontrolable del momento de la lectura, lo observé un día de manera propia en un almuerzo con un amigo que no veía hace mucho tiempo, y su afán por la lectura, era increíble, se obsesionó a tal punto que la conversación era un monólogo, una obra de teatro, entretenida para un evento, pero no para mí.

Ellos los lectores empedernidos se veían a sí mismos distintos, especiales, distinguidos y presumidos, pero fueron los menos experimentados de la sociedad, en pos de la sociedad. Eran muchos, querían que todo funcionara en base a la lectura, yo no lo creí nunca. Siempre pensé que era algo pasajero, y ahora en este nuevo siglo nos dimos cuenta que efectivamente fue parte de una época, solo un recuerdo.

En ese tiempo, yo necesitaba salir de ese círculo habitual...pero qué buscaba, donde poder encontrar un libro distinto, lento, meloso, sensual, que me posicionara en un espacio cómodo. Que me acercara a una reflexión profunda sobre los comienzos de cada historia, no sobre los finales o el clímax que era más entretenido, pero fugaz a la vez. Buscaba hacer el amor eternamente, con caricias iniciales y besos recalcitrantes, pero cálidos; que no terminara nunca ese momento. Repentinamente asombrado, preocupado, acongojado... reflexioné.

¿Será la unidad de acción lo que siempre se buscó y cuando se encontró, nos ahogó?

Será que el ser humano en su afán de unificar a la humanidad, con la excusa de encontrarnos nos alejó, se equivocó. Y... ¿Cómo enmendar ese error?

Serán las aguas calmas en la literatura, las que finalmente generarán el encuentro con la naturaleza para entender la pausa y la simpleza. Dejamos con alegría la conmoción de lo fugaz por una participación a largo plazo en el universo.

En lo particular encontré en esta nueva era, el repensar, la fluidez de la vida, la velocidad con la que cada uno actúa, se relaciona y disfruta. La velocidad digital nos hizo dejar de percibir el soplo del viento, el olor de un libro, la presencia del otro a tu lado, gracias a la Pandemia nos animamos a escribir y a leer más. Las bibliotecas en las casas desaparecieron, era todo digital, incluso las conversaciones...pero nos dimos cuenta que el agua, el viento, la tierra, todo lo básico es necesario, incluso lo necesario se vuelve opaco frente al valor del tiempo, y al valor para disfrutar todo lo anterior, el universo.

En este siglo esperamos detenernos tempranamente para lograr vivir más.

3° Lugar: Jaime Gabriel Ceballos Sanquea.

Unidad de Supervisión, DEPROV Iquique, Tarapacá.

Había una vez un libro, que habló y dijo

Desocupado lector:
¿Podéis decirnos, quién soy yo?

1

El libro es un árbol que camina
Una raíz callada que nos nombra
Un vástago de placer y de memoria

El libro es un aire estremecido
Una corteza apartada de su carne
Un torrente de tinta que palpita

El libro es un cuerpo que pregunta
Un espacio atravesado de silencios
Un adiós que nos llama todavía

2

El libro es una puerta que se abre por dentro
El libro es una casa que se habita desde afuera

El libro es un silencio que se lee en solitario
El libro es una palabra pronunciada entre dos

El libro es una voz que me habla entre sueños
El libro es un sueño que me habla a media voz

El libro es una cita con la muerte
El libro es una muerte que me excita



Mención Honrosa 1: Pedro García Zamorano.
Unidad de Supervisión, DEPROV Talagante, Región Metropolitana

Había una vez un libro

Había una vez un libro
que de humanos narró
con escritura contó
del invento para siglos
para el progreso un estallido
contando grandes historias
de la vida y la memoria
otras guerras y maldades
penurias y novedades
de garrote y zanahoria

Me gustaría ser vocal
para en las palabras vivir
con consonantes existir
en lenguaje corresponsal
de la tarea magistral
puede el registro comenzar
sobre lo hondo del mar
el infinito y estrellas
a través de historias bellas
mensajes en que confiar

Libro para el día nuestro
entelequia de papel
democracia de babel
desde los ancestros
hasta los conversos
cuños y caracteres
cantan ánimas y seres
a ideas y pensamientos
que pusieron los cimientos
para hombres y mujeres

Libro que desde siempre habla
entre tapas envasado
con esperanza editado
que construye su palabra



en el inicio en la tabla
alguno obra maestra
otros con gran modestia
altura si alcanzaron
y a la par juntos brillaron
con los de amor y protesta
Ojo me enseñó a leer
otros con Lea leyeron
libros que descubrieron
para oraciones entender
la vida y mundo comprender
estos fueron silabarios
que acompañaron a diario
que me tendieron la mano
Hispanoamericano
otro amigo y emisario



Mención Honrosa 2: Alex Peraita Díaz.

Depto. Recursos Financieros DIPLAP, Región Metropolitana

EL LIBRO DE PERLA

Había una vez un libro, escrito a mano, que encontré en el ático, al fondo de una caja. Al parecer lo escribió una niña, porque tenía letras, dibujos y adornos de colores. Contaba la historia de Perla.

Perla era una perrita mestiza, que por su pelaje negro podría tener algo de Rotweiler, por sus canas blancas alrededor de la cara un Schnautzer, por su enorme hocico lleno de dientes un cocodrilo, y por la melena que le crecía en el lomo, un león. Y una orejita chueca.

Empieza la historia, con Perlita vagando sola, después de ser abandonada por algún humano despiadado, cuando era muy pequeña, y buscando comida entre la basura. Después hay un dibujo de Perlita muy triste llorando en la lluvia.

Luego aparece un dibujo de un perro blanco, muy peludo, de esos que no se sabe si van o vienen, que conoce a Perlita en un parque y se da el siguiente diálogo:

-Hola. Soy Dante

-Hola Soy Perla

-Y ¿qué te trae por aquí?

-Me abandonaron y busco un hogar. ¿Y tú?

-Yo me dedico a las relaciones públicas. Antes era funcionario internacional de la embajada de Italia, pero me aburría el protocolo, así que en un descuido del guardia me fugué y corrí hasta que no pudieron seguirme. ¿Comamos algo?

-Claro, tengo mucha hambre

-No te preocupes.

Dante fue donde un niño que tenía galletas y le puso la mano en la pierna. El niño, enternecido, le hizo cariño en el lomo y le regaló una galleta. Al ver a Perla acercarse, el niño no pareció muy contento, pero Dante le robó el paquete de galletas y salió corriendo. Perla lo siguió. Luego, pararon en una esquina y se comieron las galletas.

-Son ricas las de vino, pero en lo personal extraño las de champaña que comía con el embajador Rizzo- dijo Dante, satisfecho. El servicio exterior es un trabajo de mucha responsabilidad, sin embargo, para nosotros los perros, el escalafón es muy acotado y



estamos destinados a ser perros falderos, perros guardianes, nunca ni siquiera un tercer secretario, ni pensar en cónsul o embajador.

Qué pedante este Dante, pensó Perla, pero, al menos, sabe conseguir comida.

Se iban las últimas luces del día y la noche es oscura y llena de terrores. Perla se inquietó.

-No tengo dónde dormir, le dijo a Dante.

-Yo sí, tengo una amiga gata muy sabia, descendiente del gato de Ramsés Segundo. Tal vez ella podría compartir su espacio con nosotros.

- ¡Pero nosotros no somos amigos de los gatos! –dijo Perla, escandalizada.

-Eso, mi querida amiga, son falacias inventadas durante la edad media. Perros y gatos, y canguros y elefantes, siempre colaboramos para nuestra subsistencia. Con la domesticación y las supersticiones, se inventaron estas pretendidas rivalidades. Si se crían juntos a seres de lo más diferentes como un pollo y una marmota, pueden convivir en paz. Todo es cuestión de actitud.

En fin, los dos perros caminaron hacia la guarida de Luna, la gata sabia. Llegaron al anochecer, a un canal seco, que queda, por la calle Sánchez Fontecilla. Ahí estaba Luna, leyendo a Sartre.

-Salaam Aleikum –los saludó. -Estoy aprendiendo árabe en mis ratos de ocio.

-Luna, te presento a...

-Perla. –dijo Luna. Lo presentí. Tú sabes que los gatos tenemos sexto sentido, además de muchas vidas. Pero pasen, pónganse cómodos, ¿Cómo han estado?

No reproduciré toda la conversación, que a ratos se tornaba densa, hablaron toda la noche sobre la naturaleza animal, la injusticia del especismo, después cantaron un rato, y luego se durmieron los tres juntos.

Al día siguiente, Dante tomó una decisión. Había que adoptar una familia humana para Perla, que era aún muy joven para vivir en la calle.

Los tres se dirigieron a una cafetería del barrio alto, donde los ricos pagaban oro por un café con sabor a calcetín en vaso plástico.

Dante observó la situación. Ejecutivos desalmados con su laptop...mal negocio. Viejos jubilados recordando sus antiguas medallas...demasiado inestables emocionalmente. Una madre y dos hijas, eso era algo más promisorio, siempre que no fueran unas niñas sicópatas que les gustara torturar animalitos.



Dante, que siempre fue un perro valiente, corrió el riesgo, y con sigilo ninja se acercó a la mesa de la madre y sus dos hijas. Puso su mano sobre la pierna de la más pequeña. Una niña de hermosa sonrisa y pelo azabache, que mostraba orgullosa un corte “casual” en la ceja izquierda.

- ¡Qué lindo perrito mamá! Dijo la niña.

- Mmmm cuidado, no vaya a tener parásitos, dijo la niña más grande.

-No me van a hacer adoptar más animales, porque al final siempre soy yo la que tengo que llevarlos al veterinario, alimentarlos bañarlos, limpiar la caca, y ustedes no colaboran...-dijo la madre.

-Pero mira mamá si es tan lindo y peludito.

-Señora, no se permiten mascotas en la cafetería-dijo el guardia.

Y como la señora no aceptaba que se vulneraran sus derechos, se fueron de la cafetería con Dante, de pasada se llevaron también a Perla y Luna.

Perla encontró un hogar donde la amaban y la regloneaban todos los días, Luna actuó como gato, siendo entre regalona e indiferente, como corresponde a su alcurnia y Dante huyó a las dos semanas, habiendo cumplido con su misión.

La última conversación que recuerda Perla, es que ella, mordisqueando una botella plástica de cocaola, para ejercitar sus dientes, gruñía como si estuviera descuartizando una cebrá en el Serengeti, como buena descendiente de cocodrilo que era, y Dante le dice a Luna, sarcásticamente: -Se ve que no ha leído a Kant.

- ¿A ver? –dijo Perla, ¿ya me están pelando el par de cahuineros?

Y eso contaba el libro que encontré en la caja. Me pareció un poco rebuscado, perros diplomáticos, gatos filósofos, no es muy verosímil. Pero como no soy ningún rogado, me lo dejé para las noches de insomnio, y me quedé a dormir en la caja, porque a los gatos nos encantan las cajas.



Mención Honrosa 3: Eduardo Moisés Pinilla Pacheco
Unidad de Supervisión, DEPROV Curicó.

Había una vez un libro que robó mis ojos y no lo había comentado... hasta hoy.

En el año 1991 comenzó todo, cuando sólo tenía 13 años. Mi escuela estaba en pleno centro de la ciudad de La Serena y cada salida de clases rumbo a casa me daba dos posibilidades: dirigirme directamente a tomar locomoción pública o desviar el trayecto y distraerme en algún local de juegos electrónicos. Lo particular de elegir la opción de videojuegos era que la trayectoria a esos antros me obligaba a vitrinear. La ruta comenzaba en la Intendencia, luego la Plaza de Armas, la Catedral y una hilera de locales comerciales siempre atiborrados, coloridos y bulliciosos.

Entre tanta oferta visual, distinguía un local elegante y discreto... incluso parco; curiosamente casi colindante del principal templo católico de la ciudad. Era la Librería Universitaria, que por cosas del destino quedaba ubicada justo entre el silencio divino y el ajetreo mundano.

Todo era especial en el citado local: pulcritud en cada baldosa, estanterías perfectamente alineadas, personal con atuendos sencillos (pero impecables), libros y enciclopedias de colores más bien sobrios, lomos de todas las texturas imaginables y una vitrina gigante. Pocas veces tuve el valor de ingresar a la librería. Me daba la sensación de que tanto orden y equilibrio se alteraba con cualquier persona ajena al local. Obviamente me animé algunas veces a entrar y, por cierto, muy preparado ante cualquier interpelación de los dependientes. Mi respuesta habitual se reducía al “No, gracias! Sólo estoy mirando”.

Allí estaba... “El Universo Cuántico” era su título y una foto del firmamento con formas y colores inefables constituían su portada. Nunca tuve claridad qué fue lo que me causó la fascinación; no sé si fue lo intrigante de su nombre, lo imponente de su fotografía principal, su dimensión bíblica o lo oneroso en su valor, sin embargo, ejerció un magnetismo y curiosidad inusitada por sobre cualquier otro título dispuesto en el mostrador.

El libro era un anzuelo y yo piqué. Pero no contaba con que la vitrina que lo contenía estaba absolutamente hermética, como si fuera un tesoro inaccesible. Para mí lo era. Regularmente quedé pegado de cabeza en el vidrio cubriendo con mis manos los molestos reflejos laterales, pero eso nunca importó... sólo una miraba de reojo bastaba.

Los libros son desde su portada hasta su aroma, desde sus dimensiones hasta lo que sugiere. Me pasé media vida adolescente tratando de imaginar sus páginas, tratando de entender al mundo que contenía impreso y no lo logré. Pero no me importa. Eso también me pasa con las personas; no me interesa mucho saber tantos detalles de la gente. Me gusta caer en la locura de no saber qué hay detrás de una sonrisa eterna o qué esconden unos ojos vidriosos... ojos que ya no tengo. Me los robó un libro.